

Las hijas del cazador de osos

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Björnjägarens döttrar. En berättelse om sju systrar*

En cubierta: ilustración © Raphaele Monvoisin

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Anneli Jordahl

Publicado originalmente por Norstedts, Suecia, en 2021.

Publicado por acuerdo con Norstedts Agency

y Casanovas & Lynch Literary Agency

© De la traducción, Petronella Zetterlund, bajo licencia

de uso de Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Todos los derechos reservados

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-82-7

Depósito legal: M-13.181-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Anneli Jordahl

LAS HIJAS DEL CAZADOR DE OSOS

Traducción del sueco de
Petronella Zetterlund

 Siruela

Nuevos Tiempos

«Si alrededor de ti solo tienes un bosque y una corriente de agua, seguro que comes».

SARA LIDMAN, *Kropp och skäl*

«Para comprender la naturaleza, uno debe hacer que la naturaleza surja interiormente en toda su secuencia».

NOVALIS, *Los discípulos en Sais*

«Desnudos y acalorados se dirigieron de la sauna a la casa, con sus cuerpos bronceados brillando como la corteza de abedul abrasada por el sol».

ALEKSIS KIVI, *Sju bröder*

La granja

Capítulo uno

Las hermanas del puesto donde vendían leña, setas y carne seca de liebre llamaban la atención. Casi siempre iban dos o tres juntas, vestidas con camisas de franela y chaquetas negras de cuero. El olor que emanaba de sus cuerpos era penetrante: una mezcla de resina, sudor y sexo sin lavar. En la parte trasera de las chaquetas se veía estampado un ojo de depredador y, encima de este, un rifle; debajo, un siete en números romanos. Parecían trillizas: frentes anchas, cabello rojizo enredado que jamás había sido cortado y desde hacía mucho tiempo tampoco lavado con champú. Lo único que diferenciaba a una de ellas era que tenía la nariz deformada, vista desde el lado izquierdo, probablemente debido a una lesión por congelamiento.

El mercado ambulante ubicado en la cancha de fútbol a las afueras de la ciudad estaba inmerso en un alegre bullicio: un verdulero explicaba a unos clientes escépticos que no había diferencia entre la col mostaza y la rúcula; una joven pareja paseaba intrigada por saber cómo elaboraba la panadería local el famoso pan de corteza de pino, que las personas mayores, que ya habían tenido suficiente durante la guerra, rechazaban. Yo no podía apartar la vista de las hermanas, me sentía atraída por ellas, así que circulaba con la mayor discreción posible alrededor de su puesto. Mientras le entregaban a un cliente una bolsa de papel con setas, me fijé en sus manos gruesas y arañadas, los dedos largos y las uñas mugrientas. Me pregunté si la decoración hecha con espléndidas colas de zorros recién cazados no ahuyentaría a los clientes animalistas de la ciudad. Las colas colgaban a la vista de la gente, sujetadas a la cadera de las muchachas, que hacían movimientos obscenos con la pelvis. Los rostros de los maridos obligados a acompañar a sus esposas delataban que para ellos la visita al mercado ya no carecía totalmente de sentido.

Los letreros de las chicas tenían errores ortográficos y estaban escritos con descuido, como si hubieran contratado a un niño de siete años para el cometido: «carne oso, dulce frambuesa». Mientras colocaban pieles de oso en la mesa, desde lejos hice fotos enfocando la brasa de sus cigarrillos, sus delgados cigarrillos liados a mano, en las comisuras de sus labios. Me acerqué a su puesto asomándome entre dos hombres que les pedían a las vendedoras que confirmaran si la población del oso pardo había crecido en los últimos años. Cuando les pregunté a las chicas cuánto costaba la leña y si tenían terminal para pagar con tarjeta, me respondieron de manera cortante, sin apartar la mirada de los brazos velludos de los hombres, que solo recibían efectivo. Después de vender un producto, guardaban el dinero en una bolsa de cuero que se cerraba con un cordón. Al finalizar la venta de toda la mercancía, cada una de ellas sacaba una petaca y se bebían el contenido de un solo trago entre muecas teatrales. Los espectadores reían y ese ritual se convertiría luego en un gesto chusco. Ellas invitaban a beber a los hombres de alrededor y pronto en el puesto de las hermanas había más gente que en cualquier otro. Silbidos y aplausos a todo volumen. Logré llegar a la primera fila, junto a unos tipos de espalda ancha, y saqué la cámara para hacer la foto del año, enfocando el rostro de una de las hermanas y la cicatriz que corría como un gusanito de la comisura del párpado a la de los labios en el rostro de otra de las muchachas. En un instante, el ambiente alegre se volvió amenazante: las miradas de las hermanas se clavaron en mí —recuerdo el movimiento pausado como a cámara lenta—, los destellos se convirtieron en negrura; el coqueteo, en enemistad, cuatro agujeros negros apuntándome. La de la cicatriz trazó con el dedo un corte sobre la garganta. Me temblaron las piernas, el corazón me latió más fuerte: ¿por qué no les había pedido permiso? Tenía la costumbre de hacerlo antes de tomar una foto a cualquier persona. Le puse la tapa a la lente y me colgué la cámara al hombro. Las chicas volvieron a entretener a su audiencia; se tomaron las últimas gotas de alcohol e inesperadamente, sin que yo lo pidiera, me vendieron a un muy buen precio la última cola de zorro. La de la cicatriz balanceó la cola ante mi rostro con un gesto provocador. Me dejé llevar por la tóxica energía de las vendedoras y, para mi estupor, me temblaba la mano cuando les entregué el billete.

No pude dejar de preguntarme cómo vivían, qué desayunaban, qué hacían cuando sufrían un dolor de muelas. Compré una libreta y anoté mis observaciones; cuando una escribe a mano, las palabras se vuelven realidad. Empecé a investigarlas haciendo preguntas a conocidos y a la gente en la calle. Compré otra libreta. De manera obsesiva continué preguntando a los responsables de diferentes departamentos del municipio qué sabían sobre las hermanas. Las respuestas fueron contradictorias: unas pobres chicas antisociales, respondió la mayoría; por Dios, crecieron sin televisión, ni ordenador ni móvil los últimos diez años, incluso sin teléfono fijo; probablemente apenas saben leer, ya que no fueron a la escuela; dicen que una maestra, que fue despedida cuando amenazó a un alumno con un cuchillo, logró comunicarse con las hermanas y se ganó su confianza hasta el punto de que al menos la menor aceptó que le diera un silabario. La menor tenía unas ganas voraces de estudiar y era astuta, pero, después de aprender el arte de leer, rompió el contacto con la maestra, que ya no supo más de ella.

Al parecer, todo empezó a ir mal desde que las hermanas tuvieron que hacerse cargo del cuerpo mutilado del padre después de que fuera víctima del ataque de un oso. Según dicen por ahí fue una escena horripilante. El animal, gravemente herido, aún con pulso y la sangre chorreando de las fauces, yacía junto al cazador muerto. El cuerpo maltrecho y el rostro irreconocible del padre atestiguaban que había tenido lugar un combate cuerpo a cuerpo. La hermana mayor disparó al oso liberándolo del sufrimiento.

El padre era conocido por su habilidad para cazar osos. Su resistencia física y su capacidad de dar largas caminatas bosque a través pese a que cada año aumentaba notablemente de peso intrigaban a la gente. Las pocas personas que lo vieron en acción percibieron la dificultad que tenía el hombre para moverse, que sus movimientos parecían un poco los de un corredor en una carrera de orientación en terreno accidentado.

Al final, la fama fue su veneno. Lo acusaron de cacería furtiva y la policía lo buscó en varias ocasiones, mas él nunca se presentó a los juicios. Por entonces, la hija mayor había empezado la escuela, pero los padres decidieron que la dejara. La familia esquivaba todo contacto con la sociedad y se suponía que la vecina, la

viuda Niskanpää, cuya granja estaba a diez kilómetros de la de las chicas, era quien hacía los recados y compraba lo necesario; llenaba los bidones de gasolina y asistía los partos, oficio que le enseñó su madre, que había hecho un breve curso de asistencia sanitaria y luego se dedicó a tareas de samaritana en las regiones salvajes.

Por temporadas, el padre se escondía en el bosque de perseguidores reales e imaginarios. Seguramente llegaba a casa por la noche y salía de nuevo por la mañana hacia lo profundo del bosque. Tras su muerte, las hijas encontrarían rastros de él en casas abandonadas y en ruinas, así como en grutas de las selvas montañosas.

La noticia de su muerte causó consternación y la convivencia entre la vecina proveedora y las hijas en duelo se volvió imposible; el odio era mutuo, la agresividad se transformó en violencia. Ni siquiera dejaban entrar a la señora Niskanpää. Unos leñadores vieron una vez a las hermanas vagar por el bosque, escuálidas y cubiertas de moretones.

En el funeral del padre —donde la madre Louhi, la vecina Niskanpää con su hijo John y el tío Veikko Huovinen se despidieron de él acompañando a las siete hijas—, Simone fue la única que juntó las manos para rezar y cantó los salmos, que se sabía de memoria. Cuando las demás, una por una, dejaron una rama de achicoria sobre el féretro, ninguna lloró, aunque no cabía duda de que se trataba de un duelo profundo. La hermana mayor, Johanna, se quedó más tiempo junto al ataúd acariciando la tapa con la mano y emitiendo un sonido gutural. Al terminar la ceremonia, el sacerdote llevó a Johanna y a su hermana Tanja a un lado y les dijo: «Recordad que sois muy afortunadas. Tenéis a vuestra madre y una granja. En todos mis años oficiando he sabido de huérfanos que acaban viviendo en el bosque como comadrejas malparadas. Vosotras estaréis bien».

Pero sus palabras no sirvieron de nada, me contó el sacerdote cuando me recibió en la casa rectoral, sentada frente a él con mi libreta. Tras la muerte del padre, el cura había mantenido cierto contacto con la madre y una de las hijas, que quería mantenerlo en secreto al resto de la familia. Durante ese tiempo, una guerra de posiciones había estallado entre la madre y sus hijas. El sacerdote narró los actos violentos, y sus gestos exaltados, pues gene-

ralmente era muy pacífico, demostraban que su fascinación por las siete hermanas era tan grande como la mía. Eran un enigma que podría ser estudiado desde múltiples puntos de vista. Cuando creíamos que habíamos acotado su lamentable situación, ellas escapaban y salían volando.

La madre se desentendió de su progenie y vivió de manera intermitente con su hermano, a treinta kilómetros de la granja. Murió tiempo después en casa dejando a sus hijas a su suerte, en la granja familiar con el techo roto, descuidada y afectada por el moho, y con montones de avisos de cobro y de embargo del fiscal de la Corona en espera de ser atendidos.

El sacerdote llamó a la puerta y con paciencia heroica intentó que las hermanas cooperaran para hacerse cargo del funeral de la madre Louhi. Cuando entró en la cocina de la granja, se topó con una imagen que lo acompañaría el resto de su vida. La difunta yacía en el sofá. Unas palanganas recogían las gotas de lluvia. Platos con sobras de comida seca se amontonaban en el fregadero. En una esquina, había una torre de cajas de *pizza* del suelo al techo. Dos gallinas caminaban a pasitos por la alfombra de pelos de perro que cubría el suelo de madera, el cual sin duda alguna vez fue bonito. El hedor resultaba aún peor, pero había un agradable aroma a tabaco de pipa y cigarro que flotaba en la cocina que al sacerdote le hizo recordar una deleitosa calada que dio antes de tener problemas respiratorios y de que su médico le comunicara lo dañino que sería para su salud seguir inhalando humo con los pulmones afectados.

A través del velo de humo se veían siete rostros pálidos, melenas enredadas de color café rojizo, que de lejos parecían un campo ondulado de hierba fina. Las hermanas estaban sentadas alrededor de la mesa de la cocina, en el centro había un rifle.

El sacerdote entró en la cocina.

—¿De dónde demonios sale usted? —rugió Tiina.

Simone fue mucho más amable:

—Buenos días, entre y siéntese. ¿Quiere un North State? Tenemos del que está prohibido. —Le extendió un paquete verde de cigarrillos.

El sacerdote lo observó con ansias, su mano tembló, pero resistió la tentación. Miró el cuerpo de la difunta madre. El rostro apacible, la boca petrificada en una vaga sonrisa. Las pocas veces que la vio en vida, solía tener una expresión sombría y el cuerpo agobiado. Ahora sonreía, por vez única.

Lentamente el sacerdote levantó una mano hacia las hermanas y dijo:

—Tenéis que poner a vuestra madre en un ataúd y enterrarla en tierra consagrada.

Las hermanas se miraron. Dieron grandes caladas a los cigarrillos. Aune tomó la palabra:

—La llevaremos al bosque y la dejaremos descansar cerca de la turbera. El último deseo de madre será el primero que vamos a cumplir.

—Entonces, tendréis que incinerarla —dijo el sacerdote.

Johanna exhaló el humo y lo miró con la frente fruncida.

—¿Incinerar?

—Quemar el cuerpo y esparcir las cenizas. Cualquier otra cosa sería ilegal.

—¿Usted quema —preguntó Tiina.

El sacerdote negó con la cabeza.

—Lo hacen los responsables de los hornos.

Johanna se opuso:

—Nosotras quemamos cuando nos da la gana. Nos las arreglamos solas en esta casa.

—¿Y os parece que eso está bien?

Elga soltó una carcajada y miró al sacerdote con simpatía. Tiina no le quitó los ojos de encima a su hermana y no entendió por qué lo trataba con benevolencia. Johanna interrumpió:

—Que vengan mañana a por el cuerpo, para que podamos despedirnos.

—A las diez. Gracias por el café —dijo por costumbre el sacerdote y, a pesar de las ganas inmensas que tenía de tomar café, se apresuró a salir de aquella granja que daba miedo.

El sacerdote representó los diálogos en mi presencia y al terminar parecía muy contento con su talento para la actuación y con su memoria para los detalles, y ahí decidí que en adelante grabaría las entrevistas. Yo quería lograr que los diálogos fueran

lo más auténticos y reales posibles, lo demás tendría que inventármelo. Creía y esperaba poder convencer por lo menos a una de las hermanas para que colaborara conmigo. Para mi sorpresa, y considerando que no había ido a la escuela, la chica fue muy elocuente, pero después de nuestras conversaciones me di cuenta de que no me había transmitido nada concreto, nada que pudiera acercar mi relato a la verdad. Ya saben, esos pormenores necesarios para que la historia cobre vida.

Inspirada por las hermanas, sentada en mi escritorio me sumerjo en mi imaginación mientras me tomo unas cervezas. Intento darle forma al corazón del relato con un prólogo cautivador. ¿Cómo podré poner en palabras la violencia física, la falta de refinamiento de las hermanas, o la belleza del bosque y los caprichos de la naturaleza? ¿Qué haré con los datos contradictorios? Varias de las personas a quienes he preguntado dan una versión completamente distinta de la de unas pobres niñas. Aseguran que las chicas carecen de escrúpulos, que se dedican a negocios turbios y que son tan rudas que no dudan en usar la violencia, o en matar, si se sienten amenazadas. Todas las personas a las que he interrogado me advierten de que las hermanas son muy buenas con las armas de fuego, y se cuenta que tienen dos perros feroces. Algunos afirman que las bestias están adiestradas para atacar las partes íntimas.

¿Por qué se rindió el municipio? Las respuestas que me dan son como leyendas. Según los rumores, tras la muerte del padre, el cazador de osos, dos trabajadores sociales fueron a visitar a las hermanas a la granja y ellas los encerraron en un cobertizo que usaban como matadero. Allí los tuvieron encadenados y los sometían con instrumentos medievales de tortura. Incluso se dice que a uno de ellos le cortaron el pene y se lo comieron de cena.

Las autoridades claudicaron en su intento de que las hermanas se pusieran en contacto con el municipio. Con ello aceptaron la pérdida de ingresos fiscales que tan bien vendrían a esta región despoblada y pobre, donde los locales comerciales vacíos flanquean la calle principal.

Hasta el momento, las hijas del cazador de osos no han sido arrestadas por vender en el mercado los tesoros del bosque. ¿Por

qué? Seguramente por una mezcla de miedo por parte de los funcionarios del municipio, y de compasión y necesidad de contar con estímulos excitantes en lo que respecta a todos los demás.

En esta pequeña ciudad, nadie recibe tanta atención como aquel que habla sobre la vida de las siete hermanas. El interés es enorme, y yo sería una tonta si no intentara cumplir mi sueño de ser escritora relatando su historia.

Para llegar a saber algo fundamental sobre una persona, la infancia es clave. ¿Cómo intentar conocer a otro sin tener la menor idea de quiénes eran sus padres, de cuáles fueron sus condiciones de vida y la posición social de su familia? No puedes escapar de la infancia. En ciertas épocas de la vida, miras hacia atrás y encuentras una luz que ilumina tu interior; en otras, todo parece estar envuelto en una oscuridad abismal. Como comprenderán, la infancia de las hermanas fue todo un rompecabezas para mí, ya que la familia vivió aislada y el tío, tan querido por las chicas, el marinero Veikko Huovinen — irónicamente, homónimo del reconocido escritor —, murió justo después de la única conversación que tuve con él. El tío tenía fama de ser un narrador talentoso; en su vejez, en varias ocasiones fue invitado por la Asociación de Historia local a alguna de sus recepciones para celebrar la junta anual.

¿Qué puedo yo, una etnóloga por afición, decir sobre la infancia de las siete criaturas? No mucho, pero sí esto: estuvo rodeada de bosque. Pinos altos y abetos espesos. Alrededor de la granja, abedules delgados con troncos blancos. El bosque profundo era su principal hogar, no la parcela donde se cultivaba el centeno. Las hermanas odiaban cada momento del arado, la siembra y la cosecha; un trabajo arduo, que relacionaban con los pasos pesados, las pantorrillas hinchadas y el semblante furioso de la madre.

Los tejones se movían sin miedo alrededor de las muchachas mientras se bañaban en las lagunas del bosque, cuando armaban escándalo en los pantanos desiertos y saciaban su sed con el agua cristalina de los arroyos. Por el contrario, las palomas y las ardillas, por no hablar de las nutrias y las martas, con el tiempo aprendieron a guardar distancia.

Ahora, finalmente, quisiera presentarles a las hermanas. No podrían describirse como arquetipos —gruñona, tímida, alegre—, ya que todas son exageradamente hurañas. Están felices cuando toman cantidades desmesuradas de alcohol y cerveza de fabricación casera, lo cual, por cierto, pasa con frecuencia. Johanna es la que aguanta bebiendo más alcohol. Es la mayor de las hermanas y acaba de cumplir veinte años. A pesar de su gusto por las bebidas alcohólicas, hay que describir a Johanna como una buena chica, con un particular don por el cuidado familiar. Es una pedante a los ojos de las hermanas menores, a quienes les disgusta mucho escucharla decir: «Chicas, hagamos esto bien. Juntas lo solucionaremos».

Hay que tener en cuenta que Johanna no era particularmente lista. Elga, la más joven y la más astuta, se lo hacía saber con sus impertinentes maneras de niña en vísperas de la pubertad. Las dos se peleaban; era un alboroto constante. La primogénita y la última en ver la luz jamás hicieron las paces.

Tanja y Aune son gemelas idénticas, pero son muy distintas. Tanja es segura de sí misma y hábil con las manos, mientras que Aune es torpe, porque vive en las nubes y, siguiendo el ejemplo del tío Veikko, le encanta contar historias, tanto las propias como los cuentos tradicionales conocidos. Las gemelas Tiina y Laura también son diferentes entre sí, aunque las dos son torpes. Tiina es enérgica y fuerte como una luchadora, pero parece tener problemas de motricidad, pues anda tropezándose con todo, mientras que Laura es miope y camina como una sonámbula sin rumbo. Cuando el padre y la madre dejaron la vida terrenal, Laura fue la que propuso que dejaran la granja para comenzar a vivir una vida salvaje. Ella se relaciona con los abetos como si fueran sus verdaderos padres.

Simone es la única que cree al pie de la letra en la Biblia y en Dios. La única que, en secreto, buscaba el apoyo de la madre. Las otras seis hermanas detestaban cuando Simone empezaba a hablar de la palabra de Dios y sostenía que había visto no solo a Jesús, sino también al mismo diablo. Aunque, por otro lado, a las hermanas les fascinaba escuchar los relatos de la Biblia, cuentos intensos y aventuras violentas en los que sobre todo las mujeres son las que sufren.

Sobre la infancia de los padres no hay mucho que decir: hambre y trabajo duro desde los diez años. Nadie entiende cómo llegaron a conocerse Heikki y Louhi, y mucho menos cómo llegaron a tener relaciones sexuales. El hecho de que esto último haya ocurrido por lo menos cinco veces —de eso no cabe duda— sigue siendo un misterio. Sin embargo, ¿no suelen resultar incomprensibles las parejas para la gente de afuera? Ciertamente, Heikki y Louhi compartían casa, pero nada de lo que hicieron juntos lo hicieron en armonía. Las tareas de la granja estaban estrictamente divididas entre el trabajo con las vacas lecheras y el del valle fértil con cultivos de centeno. Si no hubiera sido por las hijas, la coexistencia se habría llevado en silencio total.

Las carcajadas y los gritos de las hermanas se escuchaban sobre las copas de los pinos; los gritos llegaban a desplazarse kilómetros, hasta la plaza de la ciudad en donde estaba la estación de autobuses. Las chicas rodaban por el pasto ágiles como gatas en combates cuerpo a cuerpo, que eran tan violentos que los mechones rojizos volaban por los aires y la sangre brotaba de las narices. Cuando John Niskanpää, el hijo de la vecina, aún vivía en casa, se acercaba sigilosamente a la granja de las hermanas, se escondía detrás de unos arbustos y, a través del follaje, las miraba con unos prismáticos. Los avistamientos de John fueron muy valiosos para mi trabajo.

Igual que para los perros, para aplacar los gritos de las chicas lo más eficaz era la distracción. Una vez el padre llegó, bajó un rifle de la pared, salió de la casa y se paró junto a sus hijas, que estaban luchando; la menor era la única que no participaba, llevaba la cuenta y anunciaba a la ganadora. El padre apuntó a las copas de los pinos y le disparó a una ardilla, el animal cayó de rama en rama hasta el suelo como a cámara lenta. Entonces, las seis hermanas, sudadas y embarradas, se levantaron con la sangre escurriendo por los brazos y chichones en la frente. Corrieron hacia el tirador, se pelearon por el lugar más cercano al robusto cuerpo masculino, lo abrazaron cariñosamente, apoyaron la cabeza sobre el estómago redondo y el pecho ancho del padre. Con cuidado, él hizo a un lado los jóvenes cuerpos fangosos, se inclinó para agarrar la cola del animal muerto y levantó a la luz del sol el cuerpo de la ardilla todavía caliente.

—En caso de guerra o plaga este animal puede comerse. No tiene mucha carne, pero el cerebro de la ardilla es grasa y exquisito.

Las hijas, sentadas en círculo, escuchaban con atención, observaban cada movimiento; todo lo que hacía el padre lo imitaban, como siete crías de zorro. No, seis. Laura, como siempre, hacía lo que le daba la gana. Ella escuchaba distraída mirando al cielo como si en las copas de los árboles hubiese algo interesante. A la hora del entrenamiento, el padre silbó para llamar su atención y, con pereza y cara de hastiada, Laura obedeció.

—Es bueno practicar con una ardilla; son las más difíciles. Las ardillas jamás están quietas.

Cada una de las hermanas tomó el rifle y apuntó a la rama del pino de donde había caído el roedor. También a la menor la dejaron intentarlo. La ayudaron a sostener el arma pesada.

—Apunta un poco más abajo —dijo el padre con su voz apacible y paternal—, si no saldrá al aire. Pero tampoco tan abajo como para que acribilles el cuerpo.

La piel debía estar intacta, porque de lo contrario no podría venderse. Elga disparó. Una urraca cayó del cielo.

De vez en cuando, la madre aparecía con ira contenida a pedir a las hijas que la ayudaran con el ordeño. Era en vano. La madre hablaba con frases sueltas, pronunciaba palabras dispersas que eran recibidas con siete carcajadas y la voz del padre que reclamaba:

—Joder, maldita vieja, les estoy enseñando a nuestras hijas a sobrevivir.

*

Con el paso de los años, la madre recurría a métodos más duros para obligar a sus hijas a ayudar en las tareas diarias de la granja, por lo menos en la de ordeñar a las vacas. Una vez, cuando el padre se había ido al bosque para cazar osos, Laura replicó «quehaceres de vieja» a las súplicas de la madre.

—Voy a ser artista, no criada de granero —rugió golpeando el suelo con el pie.

Elga repitió lo que había dicho la hermana acerca de los quehaceres de mujer y añadió que ella quería ser catedrática. Entonces

la madre se puso como loca, agarró a Elga, la tumbó a la fuerza en el suelo, se puso de rodillas junto a ella y le dio con un pedazo de leña siete fuertes golpes en las nalgas. Las mejillas de la madre ardían, Elga jadeaba, parecía que la exaltaba el castigo. Luego siguió, con un ritmo notablemente musical, pegándoles a las hijas mayores en el rostro con un cucharón de madera, golpes rápidos y fuertes, hasta que se rompió el mango del cucharón y a Laura le sangró el oído. Johanna y Tiina, por pura necesidad, resistieron y se rieron en la cara de la madre; mientras que Elga, la menor, no logró reprimir las lágrimas.

Vendrían días en los que todas ellas tendrían la fuerza mental para poder soportar el dolor.